Mis recuerdos de Arturo Rubinstein

Conocí a Arturo Rubinstein cuando yo tenía diecisiete años. Fui presentado al gran pianista por Adolfo Salazar —entonces crítico musical de «El Sol»—, gran amigo suyo. Desde entonces mantuvimos una buena, duradera y leal amistad. Yo acudí siempre a sus conciertos y el insigne artista me invitó muchas veces, para dialogar y cambiar impresiones sobre cuestiones de arte, especialmente sobre música, ya que Rubinstein era hombre de gran cultura. Una de las últims veces que le vi en París fue en la casa que, a la entrada del Bois de Boulogne, habitó en su día Debussy.

Sus recitales representaron constantemente para mí el ejemplo del buen hacer. Se caracterizan por un «touché» inigualable y una expresividad magistral. Nunca olvidaré sus interpretaciones de las sonatas de Beethoven, sus versiones de las obras de Chopin y del «Carnaval», de Schumann, obra esta última que no he vuelto jamás a escuchar mejor.

Rubinstein fue un pionero de la música de nuestro tiempo: Debussy, Ravel, Falla, Stravinsky, Dukas, Prokofiev, y los más jóvenes, como Poulenc, Milhaud, Honegger, Mompou y yo mismo, fuimos nombres que figuraban en sus programas.

Le agradaban mucho mis «Piezas a cuatro manos» (serenata, vals y marcha), que pedía, una y otra vez, arreglara para dos manos, a fin de poder incluirlas en su repertorio; oí de sus labios grandes elogios hacia mi «Rapsodia portuguesa» y siempre insistió en que le enviara todo cuanto yo compusiese.

Pasando al terreno de las anécdotas, quiero referir dos, ocurridas con ocasión de conciertos suyos en España.

La primera fue en Madrid, hacia el año 25. Rubinstein presentaba los «Valses nobles y sentimentales», de Ravel, y las opiniones del público estuvieron muy divididas. Terminado el recital, entre las obras que ofreció de propina, repitió los «Valses nobles y sentimentales», y esta vez merecieron una aceptación casi total.

La segunda tuvo lugar en una pequeña ciudad de provincias. Rubinstein fue premiado en aquel concierto con estruendosos aplausos y clamores. Entre los más entusiastas destacaba el alcalde, que se encontraba en primera fila, y, en pie, le gritaba: «¡La jota de "La Dolores", la jota de "La Dolores"...» Finalizados los bises, que fueron muchos, el alcalde acudió a saludar personalmente al pianista, quien muy gentilmente le dijo: «Señor alcalde, he escuchado sus deseos, pero esa obra no es para tocarla al piano.» Y el alcalde le respondió: «Usted es un gran artista. No se preocupe. Ya verá cómo podrá hacerlo algún día.»

En el capítulo de sus relaciones con los grandes músicos, fueron notables las que mantuvo con Stravinsky. Recuerdo que Rubinstein me mostró el original de «Historia de un soldado», que acababa de comprárselo al autor. Admiraba profundamente al maestro ruso, pero sus obras de la última época le gustaban menos. No creo que llegara nunca a tocar el «Concierto para piano e instrumentos de viento», así como la «Serenata para piano y orquesta».

Por todo lo español sintió siempre una gran atracción. Le encantaba el flamenco y le gustaban mucho los toros. Precisamente en una corrida a la que asistí con Falla y con él la banda estrenó un pasodoble mío, dedicado a Valencia II. Como es sabido, Falla compuso para Rubinstein la «Fantasía baética», obra en la que el pianista introdujo algunos cortes por parecerle reiterativa. Las «Piezas españolas» de mi maestro las tocaba de manera admirable, así como la «Danza del terror» y la «Danza del fuego», ambas de «El amor brujo». Se da la circunstancia que esa creación de la «Danza del fuego» por Rubinstein fue la primera obra de Manuel de Falla que yo escuché, causándome una impresión imborrable. Es curioso que una interpretación tan diferente de las intenciones de Falla lograse por doquier electrizar a los oyentes.

Estando trabajando yo con Falla en Granada vino Rubinstein a dar un concierto organizado por la Asociación de Cultura Musical y, por supuesto, en el programa figuraba la «Danza del fuego». Falla le invitó a almorzar con nosotros a su carmen de la Antequeruela y le dijo que estaba muy interesado en escuchar su versión de dicha danza, pues sabía que la estaba llevando por el mundo entero. Pero cuál no fue su sorpresa cuando Rubinstein le respondió que seguiría sin escucharla, ya que si él, Falla, acudía al concierto, él, Rubistein, la retiraba del programa. Acompañé a Falla a ese concierto y, cumpliendo la promesa que previamente hubo de hacerle el maestro a Rubinstein, abandonamos la sala antes de comenzar la «Danza del fuego». Al día siguiente volvimos a vernos con la misma cordialidad. ¿Por qué Rubinstein no quería que le oyera Falla su interpretación de la famosa pieza? El mismo Rubinstein reconocía que se tomaba demasiadas libertades, pero que lograba despertar tal entusiasmo, que no podía hacerlo de otro modo.

Quiero señalar también la impresión que causó a Rubinstein un «Corpus Christi», pasado con Falla y conmigo en Granada. La procesión, el fervor del pueblo, la solemnidad de aquella liturgia le llegaron al alma. Rubinstein era un alma sensible a todas las llamadas del arte y manifestaciones del alma popular.

Por Albéniz sentía una admiración sin límites. Igual que hizo con Falla y Granados, llevó por todo el mundo la música de aquel gran maestro.

Vitalista, amante del buen vivir, generoso, efusivo, era también respetuoso del «far play», como lo prueba lo ocurrido en una de las ediciones del concurso internacional de piano, «Marguerite Long», y de ello fui testigo. En efecto, formábamos ambos parte del jurado y, en la tercera eliminatoria, después del descanso, Rubinstein, por razones de fuerza mayor, se reincorporó con retraso al tribunal. Al finalizar las intervenciones y reuniones de todo el jurado para deliberar, el notario que nos acompañaba constantemente le dijo a Rubinstein que no podía votar porque no había oído a la primera candidata. Rubinstein lo comprendió perfectamente y aceptó esta decisión con toda elegancia y naturalidad.

Rubinstein es para mí el pianista más importante y más completo de nuestro tiempo, ya que, si no podemos olvidarnos de nombres como los de Gieseking, Cortot, Bakhaus, Horovitz, Dina Lipatti, etc., ninguno ha mantenido un repertorio tan amplio como el de Rubinstein, ni ha presentado tantos autores nuevos como él. Ha sido, al piano, el mayor servidor de la música de todos los tiempos. Somos muchos, muchísimos, los autores que le debemos gratitud.

Ernesto HALFFTER
De la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando